

## Entre el barro y el cristal: notas sobre la cultura ambiental, el sincretismo y la identidad cultural mexicana

Por Carlos VÉJAR PÉREZ-RUBIO\*

UN HECHO CARACTERIZA E IDENTIFICA a plenitud la cultura ambiental mexicana: el sincretismo, fusión de ideas, creencias, gustos, experiencias, materiales de construcción, técnicas y formas diversas de vida.

Este fenómeno, común a todas las grandes civilizaciones, asume en ellas diversos grados de profundidad, producto de la localización geográfica y de las determinantes históricas y sociales. En el caso de México, la singular riqueza del sincretismo que define su cultura puede explicarse porque, al momento de la confrontación, tanto la cultura de la potencia colonizadora europea, España, como la de los pueblos autóctonos mesoamericanos, habían pasado ellas mismas por un proceso sincrético de particular intensidad.

Los pueblos de la Península Ibérica —puente geográfico entre dos continentes y dos mundos enfrentados—, que hasta finales del siglo xv estaban agrupados en unidades políticamente autónomas, mantenían semejanzas entre sí de carácter étnico y cultural al haber compartido el mismo devenir, plural y complejo, a través de los siglos. Estos pueblos, conformados originalmente por iberos y celtas, recibieron en etapas sucesivas las aportaciones del imperio romano —que en seis siglos de dominio los dotó de una *lingua franca*, organización política, leyes, urbanización, arquitectura y otros importantes rasgos culturales—, de las oleadas de bárbaros —suevos, vándalos, alanos, visigodos— procedentes de Eurasia, de los árabes, que cruzaron el estrecho de Gibraltar en el siglo viii d. C. para sentar sus reales en su territorio setecientos años y, desde luego, de los judíos, que hasta su expulsión por los Reyes Católicos en 1492 desempeñaron un papel importante en su desarrollo económico y cultural. El filósofo español Eduardo Subirats dice de la importancia de estas influencias:

Pero la figura del héroe cristiano-español se yergue monstruosa y magnífica sobre las tres culturas en cuyos despojos se labraron los fundamentos del Estado y las formas de vida de la España moderna: la árabe, arrasada a

\* Arquitecto, historiador y escritor mexicano. Es director general de *Archipiélago, Revista Cultural de Nuestra América*.

lo largo de una lucha fratricida que se prolongó durante siglos; la judía, víctima de una persecución empecinada, devastadora y suicida, que despojó a la naciente nación española de lo mejor que espiritualmente hablando existía en la península ibérica; y las culturas amerindias, víctimas de una crueldad destructiva cuyos vestigios todavía son perceptibles hoy en viva carne.<sup>1</sup>

Por su parte, en la época del encuentro con los europeos los pueblos de Mesoamérica formaban un complejo sociocultural que comprendía desde sociedades tribales sencillas, en el norte, hasta civilizaciones agrícolas altamente desarrolladas en el centro y en el sur del territorio. Es precisamente hacia el siglo xv cuando, en medio de constantes conflictos bélicos, comienza a configurarse una comunidad cultural en la región, resultado de la herencia tolteca y maya, las conquistas militares mexicas, los crecientes vínculos comerciales, las alianzas matrimoniales entre los grupos dominantes y el uso del náhuatl como lengua común. Se intensifican entonces los procesos sincréticos, no sólo como dinámica espontánea, sino como fenómeno concebido y ejercitado en el contexto de un proyecto político-religioso hegemónico.<sup>2</sup>

La llegada de los españoles a tierras mesoamericanas problematiza más aún este proceso. El resultado de la fusión, el mestizaje, sumó contradicciones, desgarramientos, voluntades, capacidades y posibilidades para integrar dos cosmovisiones y dos sistemas de valores no sólo diferentes, sino en muchos casos antagónicos. La precaria y desigual coexistencia de dos mundos distintos en el ser del mestizo iba a ser a partir de entonces una determinante fundamental de su identidad.

El sincretismo ambiental en México, la confrontación de las teorías, técnicas y modos de vida europeos con los autóctonos, de los productos importados con la tierra, el aire, la luz y los materiales de construcción americanos, comenzó probablemente con las incipientes edificaciones que Jerónimo de Aguilar, Gonzalo Guerrero y el resto de los naufragos de la expedición de Grijalva debieron de haber edificado en la Península de Yucatán para defenderse de los elementos de la naturaleza y de los pobladores dueños de esas tierras. La primera manifestación edilicia de este tipo en nuestro continente había tenido lugar unos años antes, cuando Colón construyó en Cuba el Fuerte de la Navidad para proteger a sus hombres, inútilmente por cierto, de la justificada furia de los aborígenes. Pequeña empalizada edificada

---

<sup>1</sup> Eduardo Subirats, "América o el descubrimiento de la memoria histórica" *Pliegos* (Madrid), núm. 3 (abril de 1991)

<sup>2</sup> Véase Félix Báez-Jorge, "Los disfraces de los dioses", *Archipiélago, Revista Cultural de Nuestra América* (México), núm. 1 (mayo-junio de 1995).

con mano de obra y técnicas europeas, pero valiéndose en buena parte de materiales de construcción americanos.

No se imaginaban quizás estos aventureros peninsulares que la dialéctica constructiva que entonces iniciaban espontáneamente se enriquecería pronto con la aportación de los constructores nativos, para dar nacimiento a ciudades enteras, palacios, templos, mansiones, conventos, plazas, en fin, al ambiente dominante construido por el hombre en estas tierras a lo largo de la etapa colonial. Este ambiente construido se desarrolló, salvo excepciones, en el medio urbano, en el cual se concentró la mayor parte de la población europea. En el medio rural, refugio de la población indígena, dado el aislamiento, pudieron sobrevivir hasta nuestros días importantes rasgos de la cultura ambiental originaria, con sus hermosas manifestaciones vernáculas.

La conquista material y espiritual de América por los europeos del siglo XVI dispensó un trato muy diferente a las culturas autóctonas, y a sus expresiones urbano-arquitectónicas, del que se le había dado a otras culturas. Baste recordar aquí, como ejemplo de lo anterior, que tanto los templos egipcios y griegos y las basílicas romanas como las mezquitas y sinagogas funcionaron como iglesias cristianas, sufriendo mínimas transformaciones en su estructura física. La incorporación de numerosas deidades y símbolos gentiles en la cosmovisión cristiana fue facilitada incluso por los dictados agustinos de *La ciudad de Dios*. La imaginación y la fe populares rompieron así los marcos teológicos y, después, el humanismo renacentista se encargaría de atenuar el supuesto contenido infernal de las divinidades paganas, contribuyendo de esa manera al desarrollo de las concepciones cosmogónicas de orientación sincrética.<sup>3</sup>

En América, en cambio, los hechos dolorosos se multiplicaron al avanzar la implantación de la cultura judeo-cristiana europea, permeada de una acentuada dosis de intolerancia, y caer aplastados, uno tras otro, los reductos nativos. Nuevos conceptos de espacio y habitabilidad, de construcción, de estética y funcionalidad se impusieron a sangre, fuego y rezos. Otros serían en adelante los mitos y los ritos. Otras las metáforas. De la arquitectura y las ciudades prehispánicas y sus maravillosas formas de vida, pronto sólo ruinas habrían de quedar, poemas, hombres degradados y un sutil hilo conductor imposible a pesar de todo de cercenar: el sincretismo.

Este aniquilamiento de las culturas autóctonas fue acompañado, en un acto de absurda prepotencia, de la prohibición expresa a la población americana de desarrollar su creatividad y dinámica sincrética (cosa

<sup>3</sup> *Ibid.*

por demás imposible). Son memorables las palabras de aquel virrey de la Nueva España, el marqués de Croix, que en 1767 recordaba a los novohispanos que “nacieron para callar y obedecer y no para discutir y opinar en los altos asuntos del Gobierno”. Escribe el pensador cubano Leonardo Acosta:

Así la cultura importada por los dominadores va a imponerse masivamente y siguiendo pautas muy deliberadamente trazadas, según el principio de que la colonia no debe crear nada sino materias primas. Un colonizado creador de valores culturales sería un contrasentido. Por tanto, nada debe enseñarse que pueda despertar el espíritu de inventiva. En último caso, se permitirá una cierta forma de inventiva, mimética y estéril, para fines recreativos; un juego manso, un ilusionismo que agote sus propias fuerzas antes de encontrar una palanca con la que pudiera proyectarse más allá de sí mismo; una autocastración, en fin. Había que castrar culturalmente a la colonia, para que nada saliera de ella fuera del esfuerzo bruto extractor de materias primas minerales o vegetales.<sup>4</sup>

Siempre habría de ser más o menos lo mismo: nuestra cultura ambiental, coaccionada su creatividad, basaba su desarrollo en la aplicación de los cánones de los tratadistas italianos y españoles, en los designios de las academias, en los gustos peculiares de los talentos importados o en las modas encontradas en sofisticadas revistas extranjeras. Y sin embargo...

Sin embargo, el sincretismo se gestaba silenciosamente, en forma subterránea la mayor parte de las veces. El chileno Enrique Browne, en su libro *Otra arquitectura en América Latina*, se pronuncia por una revalorización de las aportaciones nativas cuando escribe, citando a un par de historiadores europeos:

En lo urbano y arquitectónico sucede otro tanto. Benévolo destaca que las *Ordenanzas de Población* que Felipe II publicara en 1573 para regular el trazado de las nuevas ciudades de ultramar —a pesar de sus antecedentes teóricos europeos— fue más bien una creación americana: se basó decisivamente en la experiencia obtenida al fundar muchas de las más importantes urbes del área antes de dictar dichas ordenanzas. Es el caso de Cartagena (1533), Guayaquil y Buenos Aires (1535), Santiago (1541), Concepción (1550) y Caracas (1567). Este modelo ha continuado funcionando por cuatro siglos. Por su parte, el historiador español Fernando Chueca Goitia destaca la sacralización de los espacios públicos abiertos como un rasgo peculiar del urbanismo americano, derivado de la necesidad de cristianizar millares de

<sup>4</sup> Leonardo Acosta, “El barroco de Indias y otros ensayos”, *Cuadernos Casa* (La Habana), núm. 28 (1984), p. 13.

indígenas. Los espacios eran insuficientes e inapropiados para la experiencia indígena de liturgias externas. De ahí los atrios y capillas abiertas, como las capillas posas, para procesiones. Otros han citado también la transformación del barroco en Latinoamérica como un aporte peculiar a la cultura occidental.<sup>5</sup>

Un hecho en el que coinciden muchos historiadores es que, cuando la crudeza inicial del proceso de colonización en la Nueva España comienza a atemperarse a mediados del siglo xvi, y se inicia por necesidad el acercamiento a la república de “indios”, cobra importancia el arte indocristiano, llamado “tequitqui” por algunos estudiosos,<sup>6</sup> que es promovido por los frailes franciscanos, dominicos y agustinos. En éste, los elementos arquitectónicos y ornamentales europeos se interpretan de acuerdo con la mentalidad y la tecnología de los constructores indígenas. Constantino Reyes-Valerio escribe:

Si bien es cierto que la arquitectura de esta época deriva de la española, también lo es que aquí posee características que la diferencian de los modelos hispanos, pues aunque los elementos arquitectónicos conservan los lineamientos tradicionales, sufren modificaciones diversas en su composición y decoración y toman un aspecto peculiar que no se encuentra en su país de origen.<sup>7</sup>

Es interesante, en relación a este fenómeno, la acotación que hace Leonardo Acosta al precisar que el indio y el mestizo sólo pueden insertarse en la cultura dominante a través de manifestaciones como la arquitectura y las artes plásticas, de una categoría inferior en toda sociedad aristocratizante a, por ejemplo, la literatura:

Los alarifes, albañiles, escultores, pintores y decoradores indios y mestizos —escribe Acosta— impondrán en cierta medida su propia expresión al lenguaje formal del barroco español, resultando de ello lo que se conoce como *Barroco de Indias* en la arquitectura de México, Lima, Cuzco, Puebla, Oaxaca, Cholula, Tlaxcala, y también en Guatemala, Nueva Granada, el Alto Perú y Ecuador, sobre todo.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Enrique Browne, *Otra arquitectura en América Latina*, México, Gustavo Gili, 1988, p. 9.

<sup>6</sup> Véase José Moreno Villa, *La cultura colonial mexicana*, México, 1942.

<sup>7</sup> Constantino Reyes-Valerio, “El arte indocristiano o tequitqui”, en *Historia del arte mexicano*, México, Sep-Salvat, tomo v, 1982, p. 707.

<sup>8</sup> Acosta, “El barroco y otros ensayos”, p. 26.

El barroco, en su sentido más amplio e incluyente, es un concepto que arroja importantes luces sobre el proceso sincrético mexicano y la búsqueda de nuestra identidad cultural. Varios pensadores han esgrimido esa idea. Félix Báez-Jorge, en el prólogo de su libro dedicado a antologar los textos antropológicos de Alejo Carpentier, escribe por ejemplo:

La inspección que ensaya Carpentier para explicar el barroco como un atributo inherente a nuestra condición americana conjuga elementos de extrema diversidad. No se detiene en fronteras cronológicas ni se circunscribe a las ataduras de las cartografías étnicas. Los productos culturales exhibidos como evidencias se suceden en apretada síntesis que tiene como denominador común el referente telúrico (el suelo, la tierra, lo ctónico, en el lenguaje del autor). En tanto concepto, el barroco se expropia del dominio del arte para mostrarnos, en feliz analogía, la conformación de un largo proceso de encuentros y transculturas que llevan a perfilar nuestras identidades y tradiciones.<sup>9</sup>

Pero más allá de las elaboraciones teóricas e historicistas, los resultados del sincretismo ambiental mexicano están a la vista. Mencionemos tan sólo una vez más los grandes espacios públicos abiertos del urbanismo de la etapa virreinal, que encuentran su antecedente en las ciudades prehispánicas y se prolongan, con diferentes matices, hasta nuestro tiempo; y las bóvedas y cúpulas de ladrillo, presentes en nuestro territorio en innumerables templos y catedrales, el más notable símbolo de las ciudades coloniales “porque representan su poder, porque todos los órganos de autoridad y los estamentos sociales participan en ellas y tienen ahí su sitio”.<sup>10</sup>

Aunque el presente es menos cautivante, y en ello nos interesa concluir. Roto el hechizo del pasado, el sincretismo de nuestra época cede constantemente terreno al neocolonialismo ambiental, ese que las metrópolis y sus instrumentos de poder nos imponen hoy en día con la complacencia muchas veces de nuestras capas dirigentes. Roberto Segre expone una visión actualizada de este fenómeno cuando escribe:

Otro aspecto característico de la intervención continental de las empresas transnacionales es el deterioro de extensas áreas regionales, definido como colonialismo ambiental. Esta práctica, vinculada a la explotación de los re-

<sup>9</sup> Alejo Carpentier. *Los confines del hombre*, selección, notas y estudio introductorio de Félix Báez-Jorge, México, Siglo XXI, 1994.

<sup>10</sup> Jorge Alberto Manrique, “Las catedrales”, en *Historia del arte mexicano*, México, Sep-Salvat, tomo vi, 1982, p. 765.

cursos primarios, se remonta a la época colonial; pero se ha profundizado en las últimas décadas con el incremento de la extracción de minerales, la asimilación de territorios vírgenes a la explotación capitalista, la instalación en los países subdesarrollados de las industrias sucias, o sea, aquellas cuyos residuos o emanaciones contaminan el ambiente.<sup>11</sup>

Más adelante, Segre desacredita las políticas de desarrollo regional emprendidas en las últimas décadas por varios países latinoamericanos:

En síntesis, estas iniciativas a escala regional no reducirán las contradicciones fundamentales verificables en el territorio latinoamericano: *a)* la creciente polarización de las áreas metropolitanas; *b)* el desarrollo desigual de regiones ricas y pobres; *c)* el incremento de la marginación —política, económica, social y cultural— de las áreas rurales; *d)* la entrega de los sectores estratégicos de las economías nacionales al capital foráneo.<sup>12</sup>

Uno de los problemas más visibles, más notorios, producto también de ese neocolonialismo ambiental que ha puesto su sello en este fin de siglo, es la hibridación de la ciudad. Y no nos referimos a este fenómeno en el sentido positivo que implica el sincretismo, el mestizaje, sino en el negativo, el que destruye una formación edilicia enraizada en la historia y la tradición y en la asimilación crítica de las corrientes arquitectónicas universales. Una ciudad “híbrida” es una ciudad sin personalidad propia, una urbe neutra, anónima, carente de identidad. Alejo Carpentier, en un genial artilugio literario, habla, refiriéndose a La Habana, de la superposición de estilos, la innovación de estilos, buenos y malos, más malos que buenos, que fueron creando un “estilo sin estilo”, un híbrido.<sup>13</sup> Una constante en las ciudades mexicanas. Habrá que superarla.

Si algún sentido tiene el debatir las aventuras y desventuras de la arquitectura y el urbanismo mexicanos a lo largo de su historia, es precisamente ése: qué debemos hacer para que nuestras diferencias raciales queden superadas y el indio recobre la dignidad que hace 500 años le fue arrancada. Qué debemos hacer para que, en un plazo perentorio, no exista un solo hombre, una sola familia, sin el alimento necesario y sin un techo digno en donde descansar del trabajo realizado, en donde recrear el cuerpo y el espíritu, en donde educarse y en donde cultivar y mantener su salud física y mental... Qué debemos hacer para humanizar, embellecer y sanear nuestras ciudades, superando proble-

<sup>11</sup> Roberto Segre, *Las estructuras ambientales de América Latina*. México. Siglo XXI, 1981, p. 39.

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> Alejo Carpentier, *La ciudad de las columnas*, Barcelona. Bruguera, 1982, p. 21.

mas como la contaminación ambiental, el caos vial, la violencia y el desencanto, la suciedad, la fealdad y la hibridación, entre tantos otros. Qué debemos hacer para atenuar los insolentes contrastes entre los ostentosos barrios de los ricos y los miserables tugurios de los pobres. Qué debemos hacer para llegar al fondo de los problemas, desenmascarando las maniobras que suelen encubrirlos. Qué debemos hacer para encontrar una voz propia, acorde con la dialéctica del tiempo y el espacio. Una identidad nacional y regional, latinoamericana. Qué debemos hacer para armonizar lo individual y lo social en un ambiente libre y democrático, participativo, que desborde fronteras y prejuicios y exprese, tanto en la economía como en la cultura y sus expresiones ambientales, un mundo más justo, un mundo más bello, un mundo mejor. Qué debemos hacer para poder decir, como el poeta cubano Cintio Vitier, “y todo lo que parecía imposible, fue posible”.<sup>14</sup> Espejismos. Realidades. Utopías. O simplemente un reto, un buen motivo para vivir.

<sup>14</sup> Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral*, México, Siglo XXI, 1975, p. 194.